

concurrido al alzamiento, y solo de los de Coynan se tenia noticia se rebelaron, y que estos á toda prisa se estaban fortificando; que si su señoría gustaba, pasaria á ejecutar sus órdenes con la poca gente que se hallaba, lo que no consintió dicho señor vi- rey; y respondiendo, que pues ya se halla-

ba en el reino, él dispondría todo lo conve- niente, y que le parecia bien el indulto con- cedido, y el que se mudase la ciudad adon- de se trataba de fundar; que procurase se hiciesen las fábricas de suerte que se cono- ciese el buen ánimo de los pobladores, de permanecer en la tierra.

CAPITULO XXIX.

Fortificanse los indios de Coynan, y por un ardid de los indios mexicanos son vencidos, y con tra- bajo se les impide que no maten á sí propios; pasa á Nochiztlan, y los halla empeñolados; cautiva á muchos que por arbitrio de Miguel de Ibarra hacen fuga.

1. Llegó el señor virey á los valles de Coynan y Cuitzeo, en donde experimentó lo contrario de lo que pasó á D. Nuño de Guzman en la primera entrada que hizo, porque entónces los de Coynan recibieron á Guzman de paz, y los de Cuitzeo resis- tieron la entrada. Como estaban los de Coy- nan experimentados de la gran fortaleza del Mixton, en donde triunfaron de los es- pañoles, no solo la primera vez, en que ma- taron á Francisco de la Mota y compañe- ros, sino tambien cuando desbarataron á Alvarado, y quitaron la vida á treinta de sus soldados; quisieron fabricar otro Mix- ton en el cerro propio de Coynan; fortale- cieron sus entradas con grandes albarradas, siendo por otras partes de rocas y peñas ta- jadas, las que los defendian; hallábanse jun- tos mas de doce mil, sin las mujeres y ni- ños, y luego el virey mandó se les remitie- se embajada, ofreciéndoles el perdon de su alzamiento, y que de no, se les haria cru- da guerra á fuego y sangre hasta vencer- los, y quedarian esclavos; mas ellos se pro- metian seguridad, y así se mantuvieron re- beldes, sin que en diez dias se les pudiese entrar, y siempre se les volvia á requerir ántes de darles batería, á que respondian: que primero perderian las vidas que darse

á partido alguno; como las primeras albar- radas eran de piedra manual, tenian de so- bra la municion con que resistian, y no era fácil á tanta muchedumbre de indios, ga- narles un palmo de tierra; informóse el vi- rey de que en aquella fortaleza no habia agua, y que no podia ménos que hallarse muy necesitados de ella, pues se habian apresa- do algunos indios que habian intentado sa- lir de parte de noche silenciosamente, con cántaros á socorrer aquella necesidad, y determinó se formalizase el cerco sin em- peñarse mas en procurar entrarles por fuer- za, sin cuyo embargo los indios mexicanos, que á los nuestros auxiliaban, artilosamen- te arbitraron vestirse como los de Coynan, y ciento de dichos indios subieron del agua- je para el cerro con cántaros de agua, y otros ciento con arcos y flechas detenian á un trozo de soldados y de indios amigos, que fingieron huian en alcance de los aguado- res, lo que visto por los empeñolados que habia por aquella parte, creyendo que al- gunos de los suyos iban á socorrerles con la agua que necesitaban, salieron á recibir- les facilitándoles la entrada, y una vez den- tro, arrojaron los cántaros, y con ocultas armas que llevahan de palos y cuchillos, y usando de las mismas piedras que usaban

los empeñolados, dieron sobre ellos, y como ya los nuestros estaban prevenidos, acudieron y lograron la entrada, que de otra suerte no hubiera sido fácil.

2. Viéndose los empeñolados burlados y ya sin recurso, comenzaron con furia infernal á ejecutar lo que habian prometido, matándose unos á otros, y tirándose por los mas precipitados despeñaderos, por los que arrojaban á sus mujeres é hijos; de suerte que fué necesaria mayor diligencia en los nuestros, para impedirles la carnicería que practicaban unos contra otros, que para ofenderlos, porque ya estos bárbaros no trataban de ofender á sus enemigos, sino de quitarse la vida y quitarla á los suyos, y como perros rabiosos, se embebecian en consumir la depravada resolución que habian tenido, de ser primero muertos que darse á partido. De esta suerte perecieron muchos, aunque muchos mas con su precipitación lograron la fuga, lo que les fué fácil, porque sin ánimo de ofender, se entraban entre los nuestros, quienes viéndolos de aquella suerte, sin armas y sin usar siquiera de la propia defensa, los dejaban salir, y solo se procuró aprehender á los que rebeldes procuraban aniquilar á los suyos, de cuya manera se cautivaron mas de dos mil indios, de los que el auditor de guerra fué de sentir se hiciese justicia, á lo que se opuso el virey, diciendo ser bastante castigo el que por sus manos habian tomado; que mejor era sujetarlos á esclavitud, porque si de aquella suerte sucedia, en lo adelante quedaria la tierra despoblada, y no habria á quienes se predicase el evangelio, ni los pobladores de la Galicia podrian mantenerse.

3. Concluida la batalla de Coynan, determinó el virey pasar á batir la fortaleza del Mixtop, como la principal del reino de la Galicia, y con un expreso le dió noticia

á Oñate de la victoria y de su determinación, y que por concluir breve su jornada, no pasaba á Guadalupe. Salió por los altos del Valle de Coynan, al Cerro-Gordo, de donde pasó por Acatic, á entrarse al Valle de Mexcala, cuyos pueblos estaban de paz; llegó al pueblo, donde descansó dos dias; salió Oñate con cincuenta soldados, y por capitán Miguel de Ibarra, que era encomendero de Nochiztlan. Saludáronse el virey y Oñate, quien le mereció al virey grandes expresiones, pues al echarle los brazos, le dijo: «fuerte, valeroso muro de la Galicia, sea vd. bien llegado á mis brazos;» «títulos son, señor, dijo Oñate, con que V. S. me ensalza, siendo mas propios y debidos á su grandeza, pues viene á socorrer á un soldado de los mas mínimos que hoy en su campo se alista.» «Yo y los míos (dijo el virey), venimos á militar bajo de sus órdenes,» y prosiguieron tratando cada uno de los acaecimientos pasados, y todavía andaban saludándose los capitanes y soldados, cuando dos indios llegaron con la noticia de que el pueblo de Teocualtichi y otros de los que estaban de paz, se iban apresuradamente á empeñolarse en el Mixton. «Este es, señor, nuestro trabajo, dijo Oñate, que despues de bajar á estos indios de paz, por bien ó por fuerza, cada cuando les da la gana, ó alguna india le sugiere alguna superstición, vuelven á levantarse; esta es la razón porque conviene se tengan sujetos: bien conozco que son libres; pero una vez que recibido el evangelio y dada la obediencia, apostatan y dan guerra á los españoles, y quitan la vida á sus religiosos doctrineros, parece razón esclavizar á lo ménos á los varones, siendo de edad de que puedan ser culpados; estos pueblos ayer estaban de paz, y hoy por esos montes, y ya si fueran solos y se estuvieran remontados, con la paciencia y tolerancia, al cabo de

tiempo se pudiera esperar su reducción, convidándolos con la paz; pero el demonio, valiéndose de los gentiles, les incita á guerra, y unidos componen grandes ejércitos. Cuando están pacíficos, es corto el número de que se componen los pueblos; mas para coger las armas, parece que los produce la tierra. Presente está el capitán Ibarra y otros, de los que visitaron aquellos pueblos y los hallaron de paz; y en el número (con haberles muerto quince mil), le pareció no faltaba alguno; y pues V. S. ha comenzado á experimentar algo de la ferocidad de estos indios, creo vendrá en conocimiento de lo que en once años hemos padecido.»

4. Lo que oido por el virey, dijo: «pues señor gobernador, vd. ordene lo que se ha de hacer: soy su soldado, y los míos tienen orden de obedecerle; no suceda lo que á Alvarado por no tomar consejo, de los que conocen la tierra y gente.» A mí me parece, señor, que conviene que sin detenernos, marche el campo al peñol (dijo Oñate), porque estos indios de un dia á otro se multiplican, ya como abejas al panal irán ocurriendo al fuerte. V. S. dé orden para que las guarniciones que dejó puestas el Adelantado, se conserven, que á la verdad nos han servido de mucho, pues con su respeto, el alzamiento no ha sido tan general como pudiera.» Aquel dia salieron para Nochiztlan y á cuatro leguas del fuerte, salió un indio de los de Miguel de Ibarra, quien llorando le dijo iba de parte de sus caciques á suplicarle se volviese, porque supiese que á todos los españoles habian de matar: rióse Oñate y tambien los circunstantes, y mas formalizado el indio, dijo: «no se rian porque sin duda será como lo digo, pues allí está una india que lo ha asegurado y sabe mucho, porque ella fué la que cuando fueron los indios sobre Guadalupe, les dijo que habian de ser vencidos,

como sucedió: y así, amo mio, yo te quiero mucho, y por esto te ruego te vuelvas.» Supo el virey por boca del indio lo referido, y con gracia dijo: «apelo por mi parte del sentencion del diablo.» Dióse vista al peñol que por la variedad de colores de los plumajes, y por su multitud, parecia un florido ramillete: oyóse la vocería y algazara, y con buen orden se fué sentando el real, de suerte que quedó cercado el fuerte; la tienda del virey se puso detras del peñol, camino que baja á Teocualtichi; y en el camino de Xalpa, la de Oñate; y al otro lado, camino de Guadalupe, se alojaron otros, y la artillería hacia frente á la entrada del peñol: señaláronse puestos á los mexicanos y tlazcaltecos auxiliares, y luego aquella tarde mandó el virey al capitán Miguel de Ibarra (como encomendero de los indios empeñolados) les fuese á requerir de paz. Fué, y á la llamada que hizo, salió el cacique tenamastle zacateco, que se llamaba D. Diego, y despues que oyó el requerimiento, dijo: «yo tambien os requiero que en paz os volvais á vuestra Castilla, pues nosotros estamos en nuestras tierras, y de no, sabed que así como cuando fuimos contra vosotros á Guadalupe, nos vencisteis, ahora que nos acometeis, seréis desbaratados;» instóle Ibarra con la paz diciéndole: que el virey en persona estaba en el campo y la ofrecia, y que de no aceptarla, supiese que los habia de destruir, y cautivar á los que quedasen vivos: irritóse el zacateco y prorumpió diciendo: «debeis de estar locos, pues sin mas que vuestro querer, venís á que os matemos: nosotros por fuerza nos exponemos á la defensa de nuestras tierras; pero á vosotros, ¿quién os ha llamado? Acordaos que cuando vinieron Francisco de la Mota, Camino y los demas pagaron su atrevimiento, y lo mismo Alvarado y los que trataron de la vengan-

za: nosotros escarmentamos para no irnos á buscar á vuestras casas, porque fuimos vencidos, y así, escarmentad vosotros y dejadnos, y de no, aguardad;» é hizo una seña y al punto fué tan formidable el alarido, y tanta la multitud de indios que salian de las albarradas, tirando á Ibarra flechas y piedras, que puesto en fuga, obligó á los nuestros á tocar al arma, porque se creía acometian al real, pero luego se volvieron á su fuerte.

5. Toda la noche estuvieron los nuestros apercebidos, y el dia siguiente se les hicieron otros dos requerimientos; y vista su contumacia, se les amenazó abatir la fortaleza, y sin embargo del grave daño que recibian, y que se les tuvo casi ganada la entrada, la volvieron á fortalecer, levantando las albarradas, de suerte que la artillería, ó ensolvaba los tiros en ellas ó en sus riscos, ó las pelotas iban por alto, de suerte que una llegó á romper la tienda del virey, quien decia despues de quince dias que estuvieron batiendo la fortaleza: «vergüenza es que estos indios nos hayan tenido tanto tiempo en continua batería, y creo han de ir mudando el peñol sobre los nuestros, segun la muchedumbre de piedras y galgas que nos arrojan,» y era así; de suerte que de la misma piedra formaban muros y ganaban tierra, y no fuera fácil entrarles en mucho tiempo, si una fuente de agua, corta, que tenian, les hubiese bastado para beber mas de sesenta mil combatientes; y si en la longitud de la sierra y su latitud tuviesen tierras que cultivar para abastecerse, ni aun hoy les fuera necesario salir de la sierra en busca del mantenimiento los que la pueblan. Quedóse Miguel de Ibarra reconociendo una entrada privada, á tiempo que desde una albarrada le llamó por su nombre un indio; acercóse, y por ser ya entrada la noche, preguntó quién era el

que le llamaba, y supo ser D. Francisco, el cacique que en otra ocasion le dijo: que de miedo de D. Diego el zacateco y los suyos, les acompañaba, y esto mismo protestó en esta ocasion, llorando, y que porque habia propuesto seria mejor bajar de paz, puesto que los españoles no se acordaban de agravios, le habian querido matar el zacateco con los suyos, que eran muchos mas que los de su parcialidad: el hambre es mucha, señor, y si mañana los españoles apuran, serémos vencidos, porque ya muchos se han retirado, y yo no sé que hacer; si tú quisieras, podrias librar á todos los de tu encomienda, haciéndonos espalda esta noche para salirnos á nuestros pueblos, en donde estarémos obedientes si nos consigues el perdon; prometióle Ibarra darle lugar aquella noche para la fuga, y de hecho salieron mas de dos mil indios con sus mujeres é hijos; y se fueron á los pueblos de Xalpa y comarcas, y otro dia dió noticia Ibarra á Oñate de lo acaecido, atestigüando con los soldados confidentes que le ayudaron á hacer espalda: dióse noticia al virey y del aprieto en que se hallaba el enemigo, quien aprobó le hecho por Ibarra, y dió orden de que con mayor esfuerzo se avanzase, como lo hicieron, siendo los primeros Juan Delgado y Alonso de la Vera, á quienes todos seguian, y como leones iban subiendo por aquellos riscos, y los indios se retiraban con tal presteza, que parecia tenian tierra llana por donde ponerse en fuga, hasta que se advirtió que por una peña tajada se dejaban ir desesperados, tan de tropel los primeros, que el crecido número de muertos, llegó á servir de escala por donde los demas lograban la fuga, la que advertida se procuró reparar, y se apresaron mil indios, quedando muertos en el peñol dos mil, y otros tantos y mas que se desbarrancaron, quedando unos y otros

por cebo á los animales carniceros, y despues osario que despertase la memoria á los indios de aquel hecho por muchos años.

6. Entró la noche, y con ella fué á los nuestros forzoza la retirada, sin poder con seguridad cantar el triunfo. Echáronse en collera los mil indios cautivos, con los que de Coynan se habian cautivado, y Miguel de Ibarra con otros confidentes, conociendo que los mas eran de los encomendados, así á él como á otros de los vecinos, les amonestó á los caciques se retirasen á sus pueblos y no se volviesen á alzar, pues veian el estrago que habian padecido; ellos lo prometieron llorando, y entre dicho Ibarra y otros confidentes interesados, hicieron espalda á los caciques para la fuga que consiguieron, sobre que los soldados mexicanos levantaron el grito el dia siguiente contra Ibarra, á quien acusaban ante el virey, diciendo: que todo el premio de haber ido al socorro tenian librado en los esclavos (y es verdad que cada uno juzgaba llevar tantos, que con ellos pudiesen fundar pueblos en la Nueva-España). Oyólo el virey, y les mandó le probasen el hecho á Ibarra, lo que no les fué fácil, y solo decian no podia ser otro que él, pues la noche ántes hizo espalda á otros muchos en el peñol, como era público; y que como los encomenderos les entendian la lengua, y aun muchos la hablaban, sin duda les instruyeron la fuga. Entónces el virey, con prudencia, les dijo á los soldados mexicanos: caballeros, cada uno meta la mano en su pecho: estos hidalgos de la Galicia no tienen otro caudal, ni han medrado con sus trabajos y sangre derramada, mas que estos indios de sus encomiendas; y si de estos unos les hemos muerto, y otros, empuerrados, se han quitado la vida, y muchos se han puesto en fuga llevándonos cautivos los que han quedado, quedará la tier-

ra despoblada: nosotros llevarémos el gran cuidado de mantener prendas con piés, y estos caballeros quedarán mas pobres y se verán precisados á servirse á sí mismos ó á desamparar la tierra; y así, no se hable mas en la materia: en el Mixton, dicen, hay todavía multitud de indios; vamos á bajarlos, y serémos bien proveidos.

7. En este tiempo, un caballero de los que fueron con el señor virey, andaba encontrado con otro de los primeros conquistadores que habian entrado por Colima con D. Francisco Cortés de San Buenaventura, y se llamaba Angel de Villasana: tenía desafiado, y Villasana se excusaba, así por los respetos del señor virey, y por hallarse en campaña: el otro caballero se armó con unos cades de hilo de genique, que usan los indios de Sayula, poniéndoselos en el pecho, y provocando á Villasana, metió mano á la espada: Villasana por defenderse hizo lo mismo, y á dos idas le embazó por el estómago. Detegióse la causa, y se averiguó la provocacion, en cuya vista fué Villasana absuelto.

8. Antiguamente el demonio, enemigo de las almas, tenia en nuestra España arraigada la cisma de caer en infamia el que no aceptaba el desafío; pero hoy (á Dios gracias), la Magestad del señor D. Felipe V (que Dios guarde), viendo que no bastaban ni las pragmáticas promulgadas contra los retantes y retados que aceptaban, ni la censura de la Iglesia para extirpar tan pernicioso abuso, echó la llave y cerró la puerta con pena de la vida, confiscacion de bienes y nota de infamia, así contra unos como contra otros, por su real cédula (fecha el 5 de Octubre de 1722), digna de ser aplaudida por toda la cristiandad, pues nos prometemos colmo de felicidades en la monarquía española por tan heroica y católica determinacion.